

El progreso del Peregrino (XXV)

Continuación

habilidad, porque el pobre, atemorizado al verlos sobre sí, ni tenía poder ni habilidad para ocultar cosa alguna; fue más bien por la buena providencia que por sus propios esfuerzos el que se les escapase esa gran prenda.

ESPERANZA - Gran consuelo debió ser para él el que no le arrancasen esa joya.

CRISTIANO - Pudiera haberle sido gran consuelo si se hubiera aprovechado de ella como debía; pero los que me contaron la historia dijeron que había hecho muy poco uso de ella en todo lo que le quedaba de camino, a causa del gran susto que recibió cuando le quitaron su dinero. Se olvidó de ella durante la mayor parte de su viaje, y si alguna vez volvía a su memoria y empezaba a consolarse con ella, entonces nuevos recuerdos de su pérdida le abrumaban, quitándole toda su paz.

ESPERANZA - ¡Pobre! Debió ser muy grande su aflicción.

CRISTIANO - ¿Aflicción? Ya lo creo. ¿No lo hubiera sido también para cualquiera de nosotros el haber sido tratado como él, robado y además herido, y todo en un lugar extraño? Lo raro es que el pobre no muriera. Me contaron que iba sembrando todo su camino con amargas y dolorosas quejas, contando a todos los que le alcanzaban, o a quienes él alcanzaba, el cómo había sido robado y dónde; quiénes habían sido los que lo hirieron y cuánto había perdido, cómo había sido herido y cómo a duras penas había escapado con vida.

ESPERANZA - Pero me extraña una cosa: que no le ocurriese la idea de empeñar alguna de sus alhajas para tener con qué aliviarse en su camino.

CRISTIANO - Hablas como quien ha salido apenas del cascarón ¿por cuánto y a quién había de empeñarlas o venderlas? En el país donde fue robado no se apreciaban en nada sus joyas, ni tampoco le hubiera venido bien cualquier alivio que pudiera haber encontrado en aquel país. Sobre todo, si le hubieran faltado sus joyas a la puerta de la Ciudad Celestial, hubiera sido excluido (y eso lo sabía muy bien) de la herencia que allí hay, y eso le hubiera sido peor que la villanía de millares de ladrones.

ESPERANZA - Vamos, que contestas con mucha aspereza a mis observaciones. No seas conmigo tan agrio, y óyeme: Esaú vendió su primogenitura, y eso por una vianda (He 12:16), y esa primogenitura era su joya más preciosa, y si él lo hizo, ¿por qué no lo podía hacer también Poca-Fe?

CRISTIANO - Efectivamente, Esaú vendió su primogenitura, y a semejanza de él lo han hecho muchos otros, que por hacerlo han perdido la bendición mayor, como le pasó a aquel miserable; pero has de hacer diferencia entre Esaú y Poca-Fe, como también entre las circunstancias de uno y otro. La primogenitura de Esaú era típica, pero no así las joyas de Poca-Fe; Esaú no tenía más Dios que su vientre, pero no sucedió así con Poca-Fe; la necesidad de Esaú estaba en su apetito carnal; la de Poca-Fe no era de este género. Además, Esaú no pudo ver más allá que el satisfacer su apetito: "He aquí—dijo—yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?" (Génesis 25:32). Pero Poca-Fe, aunque era su suerte tener tan poca fe, precisamente por ese poquito fue por lo que se detuvo de tales extravagancias, y ¡pudo ver y apreciar sus joyas mejor que venderlas, como hizo Esaú con su primogenitura. En ninguna parte leerás que Esaú tuviera fe, ni siquiera un poquito; por lo mismo, no hay que extrañar que donde impera solamente la carne (y esto pasa siempre en el hombre que no tiene fe para resistir), venda su primogenitura y su alma y su todo al mismo demonio, porque sucede con los tales como con el asno montes a quien "en su ocasión nadie podía detener" (Jer 2:2; 2:24). Cuando sus corazones están puestos en sus concupiscencias, las han de satisfacer, cueste lo que cueste; pero Poca-Fe era de un temperamento muy diferente: su corazón estaba puesto en las cosas divinas, su alimento era de cosas espirituales y de arriba; por tanto, ¿a qué vender sus joyas, dado caso que hubiera habido

La llave de la Promesa



1. Aconteció que un poco antes de que amaneciera, el buen Cristiano de repente exclamó como sorprendido: "¡Qué necio soy! Tengo guardada en mi pecho una llave llamada Promesa, de la cual estoy seguro que abrirá cualquier cerradura en este Castillo."



2. Y sacó la llave y comenzó a probarla en la puerta del calabozo. Al dar vuelta a la llave la puerta se abrió con facilidad.



3. Cristiano y Esperanza salieron y se acercaron a la puerta de afuera. La llave abrió esta puerta y también la de hierro.



4. Pero la puerta de hierro rechinó tanto que despertó al Gigante Desesperación, el cual, levantándose violentamente sintió temblar sus piernas, pues le sobrevino uno de sus ataques otra vez. Entonces los peregrinos siguieron su camino.



5. Por fin volvieron otra vez al camino del Rey y estaban a salvo. Después que pasaron los escalones de madera erigieron un pilar con una advertencia grabada al costado para aquellos que fueran a venir después.

Los Montes de las Delicias



1. Los peregrinos llegaron a los Montes de las Delicias y pasaron por los jardines y huertas, las viñas y las fuentes de agua. Allí bebieron, se bañaron y comieron.



2. En las cumbres de estos montes había pastores apacentando sus rebaños. Los pastores (Sabiduría, Experiencia, Vigilancia y Sinceridad) les dijeron que estaban en la propiedad de Emanuel desde donde se podía ver la ciudad Real. Llevaron a los peregrinos a sus tiendas a descansar pues ya era muy tarde.



3. A la mañana siguiente Cristiano y Esperanza dieron un paseo por los montes con los pastores, observando un paisaje agradable por todos lados. Pero, desde la cumbre del monte llamado Error, mirando por la bajada muy empinada...



4. ...vieron hechos pedazos muchos cuerpos de hombres que habían caído desde la cumbre. Y desde un monte llamado Cautela observaron a varios hombres andando, ciegos y tropezando, entre sepulcros.

quien las comprase, para llenar su corazón con cosas vanas? ¿Dará un hombre dinero para poder llenar su vientre de paja, o se podrá persuadir a la tórtola a que se alimente de carne podrida como el cuervo? Aunque los infieles, para servir a sus concupiscencias carnales, hipotequen o empeñen o vendan lo que tienen, y a sí mismos por añadidura, sin embargo, los que tienen fe, la fe que salva, aunque sólo un poquito, no pueden hacer esto. Aquí, pues, hermano mío, tienes tu equivocación.

ESPERANZA - La reconozco, pero tu severa reflexión casi me había enfadado.

CRISTIANO - ¿Por qué? No hice más que compararte a una de esas avecillas más brías que echan a correr por sus caminos, conocidos o sin conocer, llevando todavía el cascarón; pero vaya, pasa por alto aquello, y vamos a considerar el asunto que estamos discutiendo, y todo estará bien.

ESPERANZA - Yo, Cristiano mío, estoy persuadido en mi corazón que esos tres bribones fueron muy cobardes; de otro modo, ¿hubieran huido al ruido de uno que se acercaba? ¿Por qué no se armó de más valor Poca-Fe? Me parece que debiera haber arriesgado un combate con ellos, y sólo haber cedido cuando ya no hubiese otro remedio.

CRISTIANO - Que sean cobardes, muchos lo han afirmado; pero que lo sean de veras, pocos lo han encontrado así en la hora de la prueba. En cuanto a corazón, no lo tenía "Poca-Fe"; y por lo que dices, entiendo que tú arriesgarías sólo un ligero combate, y muy luego cederías. Y en verdad, si ahora que están distantes de nosotros es ese tu ánimo, en el caso de que se te presentasen como a él, me temo que serían muy otros tus pensamientos. Pero considera también que éstos no eran sino ladrones subalternos, que sirven al rey del abismo insondable, el cual, a ser necesario, vendría en su ayuda, y la voz de éste es como la de un león rugiente (1 P 5:8). Yo mismo he sido acometido como Poca-Fe, y probé por mí mismo cuán terrible es. Los tres bribones me acometieron, y habiendo empezado yo a resistir, como buen cristiano, dieron una pequeña voz, y al instante su amo se personó. Y como dice el refrán, no hubiera dado dos cuartos por mi vida, si no hubiera sido porque me veía vestido, según Dios quería, de armadura de prueba; y aun vestido así, apenas puede salirse airoso. Nadie puede decir lo que le pasará en tal combate, sino el que ha pasado por él.

ESPERANZA - Es verdad, pero echaron a correr, a la simple suposición de que Gran-Gracia se acercaba.

CRISTIANO - Cierto, tanto ellos como su dueño han huido muchas veces con sólo que Gran-Gracia se haya presentado, y no debe extrañarse, porque él es campeón real; pero me parece que debes admitir alguna diferencia entre Poca-Fe y el campeón del rey; no son campeones todos los súbditos del rey, y, por tanto, no todos pueden en la prueba hacer hazañas como él. ¿Es dable pensar que un niño venciese a Goliat como lo hizo David, o que haya en una avecilla la fuerza de un toro? Unos son fuertes, otros son débiles; unos tienen mucha fe, otros poca; este buen hombre era de los débiles, y por eso cedió.

ESPERANZA - Ojalá hubiera sido Gran-Gracia, para bien de ellos.

CRISTIANO - Voy a decirte una cosa: el mismo Gran-Gracia hubiera tenido bastante que hacer; porque has de saber que aunque maneja muy bien las armas, y los tiene a raya cuando le atacan a cierta distancia, sin embargo, si lo hacen de cerca, es decir, si Cobardía, Desconfianza o el otro logran entrar en él, poco han de poder para no echarle a tierra. Y una vez en tierra un hombre, sabes bien cuán poco puede.

Cualquiera que mire el rostro de Gran-Gracia verá en él cicatrices y heridas que se encargan de demostrar lo que digo. Aún más. He oído decir que en un combate llegó hasta decir: "Desesperamos aun de la vida." ¡Cuánto hicieron gemir, lamentar y aun gritar a David estos bribones! También Hemán (Sal 88) y Ezequías, aunque campeones en su tiempo, necesitaron grandes esfuerzos al ser asaltados por ellos, y pasaron muy malos ratos. Una vez Pedro quiso probar lo que podía, y aunque algunos dicen el es príncipe de los Apóstoles, le subyugaron de tal manera, que le hizo temer una pobre muchacha.

Además, el rey de ellos está siempre a la mano, donde pueda oírlos, y si alguna vez les va mal,

Continuará